

Los frutos del naranjo

En un pueblo alejado, donde la gente se conoce toda, había una hacienda repleta de verdes plantas comestibles y árboles cítricos. Para muchos era un placer posarse a la sombra de esos árboles para amortizar el calor veraniego, pero un día de viento a uno de ellos se les cayeron sus hojas verdes, dando lugar a copiosos azares que lo cubrieron por completo, y al pasar de los meses dieron lugar a unas naranjas de colores muy diferentes. Los colores variaban y lo más extraño era que en una misma planta hubiesen frutos de cáscaras de matices particulares; amarillo, naranja intenso, verde y hasta rojizo... los colores asombraban parecían los sueños añorados a punto de cumplirse.

Algunos lugareños decían que los estudiosos hicieron investigaciones y descubrieron que esas naranjas tenían semillas de oro. Pero sin razón alguna un día de invierno riguroso las pieles de esos extraordinarios frutos se mancharon, quedando marcadas en todos sus poros, pero la planta lo hacía para ocultar sus semillas que algunos por conveniencias las querían, hasta transformarse en naranjas ordinarias, incluso algunas optaron por caerse y rodar por los suelos, convirtiéndose en desperdicios acumuladores de insectos.

Un día una anciana curandera guaraní arrastrando su tipoy por el suelo polvoriento, ayudada con una rama de cítrico a modo bastón retorcido paso por el lugar y se resguardo bajo la sombra de aquel naranjo, ella hablo en su lengua materna con el árbol y este, asombrosamente le entendía, ella balbuceó:

_ ¿por qué no muestras a tus naranjas como realmente son en su interior?

Y él le contesto:_ porque el entorno me hizo así, fui obligado a ser como los demás. No acepto la negación. No quiero que mis frutos sean algo raro.

La hechicera tomo entre sus manos agrietadas una naranja y la llevo hacia su nariz, frotó la piel del fruto e inhalo cerrando sus ojos, luego se arrodillo para posteriormente acostarse al pie del árbol, se acurrucó hacia él y sus brazos lo rodearon disculpándose de los errores ajenos por las condiciones de una vieja sociedad, después abrió la fruta y vio brillar su interior, quitó todas las semillas y las arrojó alrededor. Muchas personas la observaron desde lejos y creyeron que frotar las naranjas era una tradición para atraer el buen sabor. Por eso desde aquel día todo el mundo frota la cascara de la naranja antes de pelarla para luego descubrir en su interior las semillas que buscamos sembrar para esta nueva vida.

Rosa Guillermina Parada

DNI: 4814442

Mayor 60

Salta

